

# El cuplé y la literatura fisológica Rebeldes sin causa

A don Miguel de Unamuno parece que le gustaba el juego del ajedrez, pero yo conozco alguien a quien aquel juego que, de todas maneras, era una estúpida manera de gastar fósforo cuando había que reservarlo para otras cosas. Pero escrito esto, que he recordado de repente, me he de apresurar a decir que no tengo nada contra el ajedrez, no sea que alguien se de por aludido o lastimado en esta sociedad nuestra tan hipersensible, en la que es posible recibir el mismo día dos cartas por un mismo artículo, en una de las cuales se le encuentran a uno toda clase de resabios por un lado y en la otra toda clase de resabios por el otro, y hasta insultos contra cosas en las que ni siquiera ha pensado uno al escribir, porque de otro modo resultaría imposible trazar una sola línea.

No obstante, me limito a comprobar este hecho muy grave, según creo, de esta sociedad que anda en carne viva y todo la rozca y la lastima. Aunque, por otro lado, esto debe ser enfermedad humana muy general y que se cuece en todas partes.

Así que cumplidos estos trámites, iba a decir que desde luego tenía razón don Miguel, que de jugar, jugar a algo que no sea estrujarse la cabeza. Pero no es el camino que llevamos. Ni siquiera se va a poder ir al fútbol a descansar el cerebro. Algunos señores cronistas de este deporte están perfeccionando tan deprisa la prosa de su oficio, que ni Tácito se esmeró tanto para contarnos batallas, por lo menos tan importantes, creo yo, como las que se rifan en el césped. Espero pronto ver citas de Aristóteles o de Ortega e invocaciones a Lepanto o a Covadonga. Y creo que las cosas serias deberían dejarse para su hora y que a la hora de jugar se debe jugar y disponer de otro lenguaje para contar el juego. Lenguaje nada fácil, por cierto, con su sencillez y su encanto peculiar, y tan noble como pueda ser otro cualquier lenguaje. Sólo que, como digo, más difícil quizás. Y desde luego el único oportuno.

Pero al paso que vamos, cualquier día leeremos un parrafito como aquel que Rafael Marquina dedicó al arte frívolo de «La Goya»: «Aplicable la teoría spenceriana a la canción, la «especificación» ideada y realizada por la Goya es, en cierto modo, su realización. Si la canciónista se ha dado cuenta de todo el valor sintético, de compendio y de definición que hay en su arte, lógicamente ha llegado a la posibilidad de hacer plásticas las sugerencias, los motivos, los sentimientos que, contenidos sintéticamente en la canción, han sido antes como esos «mó-

dulos flotantes» a que se refería Spencer».

Me imagino que la Goya pondría este parrafito en un cuadro y andaría luego intrigada toda su vida por encontrarse con ese Spencer y sus «módulos flotantes», como a Dora «La Cordobesa», otra tonadillera de aquellos días, la debía de impresionar aquellas cosas que Mariano Benlliure dice que la decían: Que era «la encarnación del espíritu de la raza, de la mística, la picaresca, el idealismo, el realismo, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Velázquez, Goya, etcétera». Si se lo llegó a tomar en serio, debió ser terrible para la pobre mujer. Mientras el hipocrita del escritor estoy seguro que en el cabaret donde las veía actuar cada noche, no pensó para nada en Spencer, ni en la mística, ni en San Juan o Velázquez.

Para acabar de complicar las

cosas, la propia publicidad se está poniendo filosófica y erudita, y si a esto unimos las nociones meteorológicas que se nos exigen ahora para enterarnos si mañana va a llover o no —cosa que no hacía «el Zaragozano» con grato tacto, por cierto— va a ser cosa de escapar a mundos menos civilizados o de emborracharnos con esos ritmos contorsionados y melencólicos que, digase lo que se quiera, no dejan de ser una sabia filosofía para estas kalendas tan intelectualizadas y apremiadas a la vez con el vencimiento de numerosos plazos de venta. A lo mejor, los científicos de dentro de tres mil años piensan que estos jovencitos de pelo largo y forcejos musculares y tristes lamentaciones de amor, son los herederos de un culto dionisiaco superviviente en nuestra época. Todo es posible. Por eso será bueno informarnos desde ahora

de que se trata solamente de una especie de matamoscas contra los «módulos flotantes» spencerianos que nos los encontramos hasta en la sopa y de cosas parecidas; por ejemplo, ciertas noticias políticas que nos dan nau-seas, como esa glorificación pública del asesinato hecha estos días en Norteamérica, etc.

E importa decir, por fin, muy seriamente, que en un mundo que no rie con homérica risa, a mandíbula batiente, o que no se divierte sanamente y sin retorcimientos, no es posible la verdadera cultura. Ni la paz. Es una regresión al mono y a su infinita tristeza animal. Y que el Premio Nobel se puede alcanzar hablando del fútbol o de la caza, seguramente mejor que tratando cuestiones que parecen más serias. Pero la maestría en las primeras es tremendamente más difícil.

JOSE JIMENEZ LOZANO

ESTAMOS tan acostumbrados a encontrar por esos mundos de Dios tantos rebeldes sin causa, tanta desorientación y —por qué no decirlo?— tanta estupidez entronizada, que suena a tópico aquello de que «la juventud es rebelde porque es generosa». No podríamos aceptar este principio sin alguna puntualización. Pensar en rebeldías superficiales, en tomas de contacto ligeras y al aire de la corriente moda, y suponer que esta actitud es vital y fecunda puede desorientar incluso a aquellos que confunden el «snobismo» y la cáscara con el contenido. Toda rebeldía entraña —debe entrañar, al menos— una responsabilidad. Lo demás es juego frívolo, inconsecuencia, en el mejor de los casos buena voluntad. El compromiso no se manifiesta en la charla de café, ni tampoco en aditamentos capilares o de ropaje «sui generis».

Aún confunden muchos, por ejemplo, algo serio, como el existencialismo filosófico, con greñas, barbas y motivos para el fácil cotejo del turismo cosmopolita. No entramos en disquisiciones previas, ni abogamos en pro o en contra del existencialismo, sobre todo en su vertiente francesa. Lo que quizá vale la pena resaltar es que Jean Paul Sartre es un hombre que corrientemente usa corbata y que se rasura a diario. Aparte, este escritor es de una exigencia intelectual poco común.

El absurdo es una doctrina que no vale para la rebeldía. «Debemos vivir contra el absurdo que hemos percibido para mantener la existencia», dice Georges Hourtin. Y el absurdo se ha convertido en un mito. Lo que ocurre es que este sentimiento, proclive a tanto rebelde sin causa, llega emparejado con la prisa. No hay tiempo para nada. Las lecturas —si se hacen— son desordenadas y sin fruto. Interesa más la consecuencia final del arte que los motivos que originaron este final. En la literatura, la novedad detonante es la que priva. Yo he visto tratar con desprecio a uno de los más grandes escritores del siglo, a causa de un desafortunado libelo de un ingenioso periodista. Quienes escarmentaban a aquel escritor seguramente desconocían su obra, pero se apuntaban a la corriente de cierta moda.

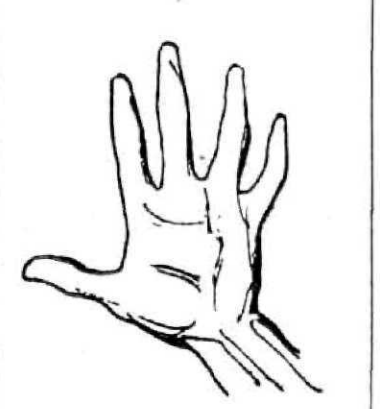
Ser iconoclastas, y todos se-

guramente lo somos, un poco, exige alguna profundidad. La consagración del nihilismo histórico, que decía Albert Camus, será la última consecuencia de quienes escogen la rebeldía, sin haber montado para la misma el mínimo tratamiento de exigencia y honradez.

En este aspecto, uno cree que esos tan traídos y llevados autores —sobre todo dos o tres que escriben para el teatro y cuyos nombres todos conocemos— han desorientado a quienes van en busca siempre de la novedad, que es el motor que mueve la rebeldía injustificada, con creta mente por haber hecho de lo absurdo eje de la existencia. No es caso de entrar en las motivaciones filosóficas de estos escritores, ni mucho menos regatear su indudable talento, pero está claro que predicar la inutilidad de la vida, el caos de la noria en que se mueven los mortales y alancear los eternos interrogantes de la lucha, todo ello supone un corrosivo nihilismo que conjugado con la quebra de tantos valores burgueses ha marcado muy hondo en muchos estratos de la actual juventud. Señala muy agudamente Camus que «los que se precipitan contra la historia en nombre de lo irracional, argumentando que carece de sentido, desembocan en el universo concentracionario». Es decir, lo irracional como norma, acaba en la violencia, o al menos, en la insensibilidad.

De insensibilidad hay mucho en quienes hacen la rebeldía por su cuenta y riesgo. Llega un momento en que la rebeldía, si no es teatral como a menudo sucede, insensibiliza a quienes hacen de ella un tema artístico o de metafísica al uso. Veremos al rebelde sin causa, de salto en salto, llegar a consecuencias imprevistas. De negación en negación, sobrepasada la barrera de los escepticismos, acabará en una especie de desesperación. Al no comprender los efectos, unas veces a causa de falta de estudio o de talento, otras por intentar llenar del agua del mar la pequeña coquedad de la playa, el rebelde sin motivo acabará en un estado de lastud, en un «mitchevo» moral sin apoyo ni resortes.

Claro está que este rebelde que enjuiciamos, de problemática, se encuentra a cien pies por encima del rebelde circunstancial, de temporada, especie que abunda más de lo que parece y que no merece una sola línea.



## Diario de un viaje

EN el anochecer, el mar chileno se mueve clavando rientes murmullos en nuestros sentidos. Vamos hacia el Norte, a seguir de cerca la línea estilizada de la geografía Chile. En los salones del barco se comenta, se juega y se vive. Hay viajeros de comportamiento extraño, otros sencillos; los más indiferentes al ser y preocupación del prójimo. Unos van hacia Inglaterra, otros a España, muchos a agenciar mercadería en Arica y retornarla a Valparaíso y a Santiago con buen provecho e interés, estos son los más despreocupados, se diría que no existe en ellos alternativa alguna: un viaje familiar y cómodo y, luego, otra vez al hogar.

Al día siguiente, de nuevo la tierra a la vista. Es rojiza, plateada y cárdena: es el comienzo del desierto que dió tanta gloria y tanto dolor al infante. Por aquí también, hace muchos años, navegaron corsarios se agitaron con las velas abiertas, tras la presa del galeón o de la ciudad apetecida y descuidada. Calienta el sol, indicándonos que nos acercamos al área tropical. El agua es de un azul intenso y la pasión de vivir se enciende de optimismo y salud.

Llegamos a Antofagasta. Desolada tierra, desolados márgenes y desolada costa. Piedra y desierto, tugurios, fuentes de soda que sacian al minero, cantinas. Antofagasta nos parece una ciudad pionera habitada por un pueblo duro y heroico. La melancolía se aterciopela en los ojos de las mujeres, la ciudad es toda un ascua de luz reverbe-

rada. El camino a Tocopilla es itinerario de fuego; los barcos salitreros, mientras cargan o esperan a rellenar sus bodegas, ofrecen espectáculos de animación bajo un cielo pegajoso.

El barco después enlaca directamente hacia Iquique y, luego, se sitúa frente al Morro de Arica. Las lecciones que aprendimos en cursos y conferencias se hacen ahora sonoras y evidentes. Veo en la escarpada cruzar, bajo fuego peruano, al animado y sobrio peruano. Veo trepar a los atacameños y, encaramados, izar a todos los vientos la estrella austral y solitaria. Y, ya, dejamos Chile.

La costa peruana se adivina en la lejanía con el cristal pulimentado: blanca suave y lenta. El agua se vuelve oscura, el cielo se condensa. Pisco, ante nosotros. Se detiene el barco.

Lanchones cargados de algodón se acercan a bañar; funcionan las grúas; desde lejos vemos imágenes de torres y ciudad. De anochecida vamos directamente hacia El Callao.

En el amanecer el puerto de El Callao nos descubre organización. Almacenes, «stocks», darsenas, astilleros. Orden, limpieza: la escueta administración del lugar refleja influencia americana, no hay duda. El camino desde El Callao a Lima es como un laberinto de poesía e historia; torres de iglesias famosas, calles que recuerdan a España desde los cimientos, tierra de mil pisadas helicas. Por aquí debe andar cerca también la riqueza y el placer. No nos confundimos. Lima está a nuestro alcance.

Lima nos ofrece sus aires en la plaza del Dos de Mayo. Iglesias de fantástica claridad abren sus puertas de maderas olorosas; huele a Sevilla cuando abril, huele voluptuosamente el ambiente enclaustrado de los conventos. Oímos voces españolas que pregonan triunfos y conquistas. Aquí, en la Catedral, está enterrado el Capitán Conquistador. Tiene un sepulcro de indiano enriquecido.

Fuera, la ciudad con belleza antigua y formas nuevas, nos encanta, vaiga la palabra. El tráfico intenso y amenazador, casi como en Río. El camino hacia Miraflores es un derroche de edificaciones y suntuosidad. Tras de abandonar El Callao y cruzar frente a la isla de El Gallo. Aquella de la fama, llegamos a la costa del Ecuador. En una noche brilla Guayaquil, con triste pobreza; algún coche anima el paisaje que me recuerda al norte del Brasil. Lluve, llueve. ¿Cuándo no va a llover en esta latitud ecuatorial? Me mojo con intención; me chorrea de cabeza a pies un agua achocolatada y febril. Los prácticos de la Libertad no atinan con el lugar de embarque.

PANAMA Y COLOMBIA

Un día de cargada atmósfera y de mar henchido llegamos a Panamá; la luz rebota en el agua que parece dura como acero. Allí, sin embargo la civilización americana se asentó como clavo que desgarró las carnes e impertinente cuida con mimo el lugar. Parece imposible, pero es verdad, que las factorías creadas por los hombres de sangre fría se ajustaron tan ferreamente a esta selva espumosa y devorante. Primero, en la entrada a Balboa, las casas y los chalets americanos, los tanques de petróleo, las casamatas.

Salimos por la mañana y comienzan las esclusas a funcionar; primero, el barco baja a un nivel de infancia y, luego, se alborota con la inyección de agua a que le someten las bombas. En medio de la travesía el lago Gatún. Este lago recuerda imaginarios siglos y Balboa se apodera de nosotros en una imagen casi real. Riadas de oro desfilan ante nuestros ojos cansa-

dos de tanto espectáculo vegetal.

Colombia es un grito de plenitud en las palmeras de su costa. Cartagena tiene aire de Castilla, sin la crudeza de su acento. Las casas se asemejan a las de mi tierra, pero parece como si el demonio anduviese por dentro, y la cortésia igual, aunque demasiado pegadiza.

### TECNICA, SANTIDAD Y POLITICA

En Cartagena nos topamos con el Fuerte de San Felipe. Blas de Lezo le dió inmortalidad y la ingeniería española una cabal disposición que desmiente el aserto de que no valemos para estas tareas. Todo está calculado y previsto, por ejemplo la entrada y salida de las fuerzas militares de guarnición, la disposición de las torretas, los subterráneos y la escueta situación de las murallas.

La iglesia de San Pedro Cla-

ver nos vincula, antes de llegar, a la tierra española. La celda del Santo nos coloca frente a la mas heroica vida que hombre alguno pudo llevar en esta tierra; mezclada con los esclavos, sitiado por sus pesares y dolencias, aquella fibra de amor debió penar como pie desnudo y sobre carbones en ascua.

Más tarde, pasamos cerca de la base naval de Cartagena. Los soldados, derrengados por el calor, hacen una imaginaria guardia. Frente a nosotros, el hotel Caribe; el campo tropical le asedia y se mete dentro entre olores mohosos que son propios del trópico marino. En el hotel hay dos cosas importantes: una piscina azul y un jardín zoológico con monos, pavos y pájaros pintarrajeados. En Caribe desde una brisa que es como viento sahariano salpicado con gotas de sudor.

JOSE CORDOBA TRUJILLANO TRUJILLANO

## Liberalidad empresarial

EL hecho es que, en nuestra actual sociedad, se llega al trabajo a contrapelo; siendo frecuente el que ni las facultades ni las tendencias naturales del individuo se consideren a la hora de buscar empleo. Aquella desafortunada frase del «sencillo orden de la libertad natural» que, por boca de Adam Smith, nos legó el viejo liberalismo económico, aun gravita sobre el mundo de las relaciones laborales imponiendo sus exigentes conveniencias. El hombre al entrar en la edad en que deberá definirse profesionalmente se encontrará con que su capacidad de elección es nula. La casi inexistente oferta de trabajo y la supersaturada demanda le obligará a aceptar la primera ocupación que le salga al paso.

No es necesario ser un sociólogo para comprender que esta inadecuación laboral lleva al hombre a un estado de enajenación más o menos latente según las circunstancias. Más, en el caso de que absorba de un modo permanente la atención del que lo realiza. Menos, cuando el individuo logra, por un tiempo estimable, substraerse de él y del medio ambiente en que lo desmorolla. La duración de la jornada, la intensidad de la misma, la capacidad de inhibición del trabajador y, en especial, la dedicación que haga de su tiempo de descanso, son factores decisivos. Quien por una baja remuneración se ve precisado a prolongar su tiempo de trabajo —por el sistema del pluriempleo o de los denominados «chapeques»—, rompe el equilibrio humano para caer en un estado vegetativo o de permanente alineación moral.

El trabajo es un medio de vida, pero casi nunca un fin. Tan sólo en las excepciones, en que la vocación del hombre se encuentra perfectamente adecuada al trabajo que ejerce, pudiera ser considerado como tal, y esto sólo se da en ciertas profesiones que suelen coincidir con las llamadas «liberales» y que, en la actualidad, tienden a desaparecer o a colectivizarse hasta el punto de perder su original sentido. El hombre ha de buscar su realización fuera del trabajo que desempeña, dando así, satisfacción a lo que verdaderamente le es propio: sus impulsos, sus aficiones.

Junto a las exigencias de orden material, el ser humano ha de hacer frente a otras de índole moral. Por medio del trabajo logrará satisfacer a las primeras, pero habrá de ser en sí mismo y en su relación social con los demás donde haga factibles las segundas. Las apetencias religiosas, políticas, familiares, etcétera, son de posesión exclusiva de quien las siente, y, únicamente corresponde a la sociedad facilitar los medios que hagan posible su realización.

Ahora bien, existen ciertas empresas que con la práctica del «paternalismo» se arrogan todas estas funciones, reglamentando la vida particular del empleado por medio de atrayentes incentivos: viviendas, becas de estudio para hijos, residencias veraniegas, excursiones, homenajes organizados, etc. Poco a poco, se va creando en el trabajador la sensación de que su esfuerzo apenas si posee algún valor y que todo lo debe a la generosidad desinteresada de sus directivos. Con lo que se consigue un doble efecto: el abandono, por parte del empleado, de cualquier otro modo de promoción y la condicional entrega de éste a los designios patronales.

El trabajador se encuentra, de esta forma, cada vez más supeditado a su empresa y cada vez menos dueño de sus actos. A la enajenación inicial, de que se hablaba anteriormente, se añadirá, ahora, esta obra, que sobrepasa las consecuencias morales para instalarse en lo puramente físico. Puesto que la empresa al lograr implantar este sistema cuenta con unos medios coercitivos de gran eficacia. Exigirá un mayor rendimiento, una más generosa entrega, una supeditación inquebrantable, bajo la amenaza de retirar las mejoras, concedidas casi siempre con carácter voluntario.

Pero lo que, sin ninguna duda, constituye el efecto más nocivo de esta política, es la prolongación que del ambiente laboral se lleva a cabo en el mundo íntimo y personal del trabajador. La casa en que habita no es suya, sino de la empresa. Sus vacaciones de verano no se las debe a él, sino a la empresa... La empresa protagoniza y atiende los acontecimientos de su vida como si se tratara de un menor de edad, como si su significación humana de ser consciente y responsable ya no poseyera validez alguna.

GUILLERMO DIEZ

MIGUEL ANGEL PASTOR

**frio industrial**  
FABRICAS DE HIELO  
ALMACENES FRIGORIFICOS Y DE USOS GENERALES  
CAMARAS A BAJA TEMPERATURA

**acondicionamiento de aire**

PRESENTA

con el más perfecto servicio técnico

Y un parque motorizado que le aseguran la máxima rapidez en la atención postventa

2 modelos especiales del actual frigorífico-grupo autónomo, con 5 AÑOS DE GARANTIA

Y la más completa gama de muebles frigoríficos y especialidades en acero inoxidable

PROCEDIMIENTOS Scafo

**suministros industriales SEIJO. S. L.**  
VALLADOLID. General Mota, 8, teléfonos 25421 y 26512  
Sección técnica y talleres: Empedrado, 7-9, teléfono 21409  
SALAMANCA: Gran Vía, 10, teléfono 5816

**GARANTIA EUROPEA**

**más de 3.000 calderas instaladas**

**CALDERAS VAP**

Para la calefacción por agua caliente, a gas ciudad. Fabricada por

**HYGASSA Hornos y Gasógenos, S. A. Bilbao.**

Con licencia de H.A. Richard (París).  
Pieza de calidad de «Gas de Francia»  
Alto rendimiento verificado por Catalana de Gas y Electricidad, y Gas Madrid.

DELEGACION EN VALLADOLID  
Gabilondo, 2 - Teléfono 32506

**VAP GENERA BIENESTAR**

**EL CABALLO DE TROYA**